



MAE 7192

Oswaldo Lira, SS.CC.



por Alberto Cardenal

Discursos del diputado en los
Aniversarios del nacimiento y fallecimiento
de Oswaldo Lira Pizarro.

La parca mortal de Oswaldo, a una tenaz experiencia vital de su vigorosa y gigantesca humanidad, cual fue su influencia práctica de ejemplo e ideas, su incomparable, extenso, perseverante y cuidadoso magisterio, que ejerció por más de seis décadas, sobre hombres y mujeres chilenos, a los que ha correspondido desempeñar funciones importantes en la administración del Estado y en la política contemporánea.

Pienso que muchos personas, como quien habla, acciadas por una agudía de servicio al bien común, por una asombra de rigurosa ontología, por una agudía de estética, por una necesidad ineludible de metafísica, no podemos hoy dejar de dar nuestro testimonio en el exterior de Oswaldo.

¿Cuánto le debemos! ¿Cuánto le debe Chile! ¿Cuánto le debe la sociedad chilena occidental! cuyas directrices fundamentales, cuya genealogía doctrinaria, cuya ejemplaridad sensible descubrió, amó, desarrolló, defendió contra todos en todo tiempo y circunstancias, cuyo sentido y validez respetó y amó y nos enseñó a respetar y amar.

Muchos son los que hemos bebido y bebido muestra así de trascendencia en sus "Nostalgias de Viqueza de Mella", y "Visto la Política de Quevedo", libros fundamentales para todo pensador serio con las raíces vitales del moderno espíritu de "Ortega", en los valores permanentes de "Verdad y Libertad", y "Ontología de la ley", en los trascendentales tratados de estética que son "La poesía y música en Juan Ramón Jiménez" y "El Maestro de la poesía", en la explicación de la nacionalidad chilena que constituye "Hispanidad y nosotros", en los valores de la tradición occidental contenidos en ese precioso libro que es "De Santo Tomás a Vellázquez pasando por Lope de Vega".

Mantengo en mi mesa de trabajo, como joyas irreplaceables, varios originales de estos libros del padre Oswaldo, corregidos, anotados y comentados de su puño y letra. Sin embargo, constituyen un tesoro mucho más preciado, para mí y mis amigos, el recuerdo imperecedero de tantos días luminosos, tantas tardes apacibles y tantas noches un poco más desahucadas (el padre Oswaldo recordaba siempre con una fina, caritativa y profunda sintonía de misterioso humanista que las fronteras de la cultura coinciden con las fronteras del visio) en cuyas horas osadas, discursivas, nos admirábamos y muchas veces nos desazonábamos, con su discreto implacable, lógico, portentosamente creativo, brillantemente paradójico, siempre coherente, siempre insonante, siempre informado (forma y materia padre Oswaldo) de la más profunda y verídica realidad sobre la racionalidad y los misterios de Dios y su creación.

De él Oswaldo aprendimos que el hombre, sustancia individual de la naturaleza racional, tiene por fin la salvación de su alma eterna, que las sociedades naturales interceden entre el Hombre y el Estado, se crean y organizan para la perfección y no para el desenvolvimiento de aquel, que la familia es la organización esencial de una comunidad terrena, que la ciudad humana tiene un sistema de jerarquías y representaciones de intereses reales que desmonta muy lejos de las ideologías que hoy son soberanía social y

otra política, que el fin del Estado es el Bien Común, que este no es el bien de la minoría ni de la mayoría sino bien de cada uno obtenido en la comunidad de todos, y que por ende su actividad está consagrada por los principios de subsidiariedad y solidaridad. (o totalidad como más rigurosamente se habría gustado decir). De él aprendimos que el derecho natural es fuente de toda justicia humana, que la fidelidad a la verdad es fuente de toda libertad, y que la Cruz de Cristo es fuente de todo bien humano.

De él aprendimos, padre y maestro Oswaldo, que una nación, analogado del ser humano y por ende compuesta por cuerpo y alma, no es fruto de un contrato sino producto de una herencia de las generaciones, y que los que hoy estamos vivos no sólo tenemos derechos a ser recibidos amados, sino el deber de seguir siendo recibidos amados, por cuanto hemos recibido por tradición valores, ideas, principios y cultos que deben ser desarrollados, perfeccionados, purificados, vivificados, para ser entregados, actuales y eficaces, a las generaciones que vendrán.

Padre Oswaldo, cuando hoy como la década de los sesenta en que nos conocimos y amáramos la crisis de la confusión social paralizante sofoca nuestros días, cuando el ser humano parece devenir en una cifra, en un átomo lacónico y emático, en un sujeto u objeto del "abuso" comunicacional y económico; cuando la familia es cuestionada y confundida en su esencia constitutiva, cuando en la sociedad parece buscarse como único fin el éxito fácil, el placer y el poder utilizando cualquier medio; cuando la moda recargada a la moda; cuando la globalización masificante tiende a convertirnos en ítems ocasionales de un supermercado mundial de valores, ideas y principios; la palabra firme, la amistad generosa, la página rotunda y; sobre todo, la ejemplo sereno de caballero cristiano, sacerdote y filósofo, nos siguen señalando el rumbo correcto.

Un día nos dije que la auténtica caridad no consiste en la blandura siempre de la transacción, en la condescendencia del olvido, en la despretensión de

creer que la verdad es lo que opina más de la mitad de la gente, más de la mitad de las veces.

Tal vez, al fin, como esos santos medievales a quien tanto admiraste y que eran definidos como varas de hierro reventadas de torcimiento. En tu caso, como siempre desdeñaste el torcimiento, rogamos hoy por tu descanso eterno, pidiendo que desde el Más Allá te sigas esforzando por regarnos a nosotros el descanso, mientras no actuemos según nos enseñaste.



Fiel a tu legado, sabemos que te gustará entregarte a esta tierra, que tanto te dolió siempre, con una recia oración al Todopoderoso. A Él, en tu nombre y junto a tus restos, elevamos un súplico ardiente y total de tu Siglo de Oro español, que me enseñaste y juntos repetimos muchas veces, y que fue en tu profundidad más recóndita, y por ende más secretamente profunda, la clave del sentido de tu vida; una formidable capacidad intelectual rotunda por el yugo del servicio a la más humilde sencillez de Amor de Jesús el

Cristo.

*No me mueve mi Dios para quererte,
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.*

*Tú me mueves Señor, muéveme el verte,
Clavado en una cruz y encarnado;
Muéveme ver tu cuerpo tan herido
Muéveme tus ofensas y tu muerte.*

*Muéveme al fin tu amor mi Dios Señor
y en tal manera,
Que cuando no hubiere cielo yo te amo
Y aunque no hubiera infierno te penita.*

*No me tienes que dar Señor, porque te quiero,
Pues que aunque lo que espero no esperara
Lo mismo que te quiero te quisiera.*

Oswaldo Lira, SS. CC. [artículo] Alberto Cardemil.

Libros y documentos

AUTORÍA

Cardemil, Alberto, 1945-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1996

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Oswaldo Lira, SS. CC. [artículo] Alberto Cardemil.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile